LA RECUPERACIÓN DE JUAN GIL-ALBERT Y SU LUGAR EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

José Carlos ROVIRA

Agradezco a Guillermo Carnero la ocasión que me brinda para opinar sobre Juan Gil-Albert y su lugar en nuestra literatura, sobre todo en el marco conmemorativo de un año que ha sido también el año del centenario de Gil-Albert en el que parece que ha imperado más la anécdota y menos la reflexión sobre su obra.

En una revista del Instituto que lleva su nombre y que se llama gilalbertianamente *El Salt* se hacía crónica de la presentación del "año Gil-Albert" en Madrid el pasado 14 de mayo y se decía, por ejemplo, que en el acto estaban presentes "el poeta José Hierro" y "el músico Joaquín Rodrigo", lo que me hizo temer por el carácter fantasmal y espectral que algunos podían conseguir para este centenario: la publicación de la *Poesía completa* por Pretextos y el Instituto Gil-Albert, en cuidada edición de Mari Paz Moreno, es sin duda el hecho más relevante de lo acaecido hasta ahora (Gil-Albert 2004). Creo que en este Congreso se han oído también cosas de las que pueden quedar en la memoria. Yo no sé si esta intervención va a merecerlo, pero les anuncio un espacio de polémica atenuada que tiene que ver con fragmentos biográficos y literarios que conozco y que voy a presentar numerándolos; algo así como siete propuestas (ocho realmente, pues se inician con una personal, numerada con cero) sobre la recuperación de Gil-Albert y su lugar en la literatura española y valenciana.

Cero

Lo primero es dejar constancia de una relación que se estableció hace años y la cuento de nuevo sintetizándola. Creo que fue en 1979 cuando conocí al escritor. Carlos Mateo lo había traído a este mismo lugar, el aula de Cultura, y Juan recitó sus poemas acompañado por un pianista llamado Doménech Parch.

Una correspondencia previa, en los meses anteriores, me había puesto en contacto con alguien que se iba a convertir en una lectura continuada, en una conversación duradera y en un amigo del que algunos encuentros fueron trazando esa imagen imborrable que obtienen los que se la merecen: Juan se merecía la imagen que en 1983 intenté plasmar en una larga entrevista en el periódico *Información* (Rovira 1983), después de tres días de encuentros por la tarde en los que Feli –la acompañante fiel que lo cuidó muchos años– nos interrumpía sólo para hacernos merendar.

Yo preparaba un libro para Ediciones Cátedra que debía ser, y lo fue, la primera edición crítica de una obra del escritor (Rovira 1984), y para hacerlo, junto a algunos problemas textuales, algunas notas culturales, tenía la posibilidad de anotar los textos mediante lo que llamé "notas conversacionales"; Juan leía un poema de aquella antología y a continuación recordaba circunstancias de escritura, motivos ocultos, pulsaciones de la creación que le iluminaban espacios de su vida y su escritura. Fueron tres tardes dichosas e intensas. Luego venía Arturo Zabala, acompañante desde hacía años de viajes y correrías, y cenábamos en algún restaurante cercano.

En 1981 vino por primera vez invitado a un seminario que dedicábamos a su obra en la UNED de Elche. Su director, Manolo Rodríguez Maciá, puso en marcha lo que creo que por primera vez se hacía: reflexionar colectivamente en un seminario sobre su escritura. César Simón, el zaragozano Rosendo Tello y yo mismo nos encargamos de las ponencias que luego abrieron un monográfico que ese mismo año publicó la revista *L'arrel* con trabajos importantes como los de Luisa Capecchi, José Vicente Selma, Luis Antonio de Villena y Gerardo Irles, entre otros.

En el año 1984 intensificó la presencia por estas tierras: el Instituto Gil-Albert se puso en marcha en la Diputación Provincial y no sé cuántos encuentros mantuvimos con el escritor. Era un tiempo de reconocimientos: el vicepresidente del gobierno Alfonso Guerra lo citaba continuamente; Alcoy lo nombraba "Hijo Predilecto" en 1983; Guillermo Carnero promovió su investidura como "Doctor Honoris Causa" por la Universidad de Alicante en 1985 y, en ese mismo año, Juan pasó a presidir el Consejo Valenciano de Cultura.

Se le invitaba a todos los actos oficiales y se le sentaba inevitablemente al lado del político que los presidía. Tuve ocasión, creo que fue en 1988, de indicarle una tarde en su casa de Taquígrafo Martí que pensaba que esa imagen no le favorecía, que eran más interesantes imágenes como la del Doctorado en Alicante y no las insistentes presencias políticas que algunos buscaban. Juan suspiró tan solo como si fuera inevitable, como si el mundo de reconocimientos que se había trazado a su alrededor ya no pudiera controlarlo.

En noviembre de 1991 fui a verlo para entregarle el libro que le había dedicado (Rovira 1991). Me acompañaba Rosa Monzó, directora de la Biblioteca "Gabriel Miró", y comprobamos que su mente estaba entrando en los abismos que siempre había temido. Su madre había muerto hacía pocos años perdida en los pasillos de la casa como un fantasma frágil y desmemoriado. Juan mantenía fragmentos de aquella memoria intensa, pero intermitentemente daba muestras de fuertes lagunas y sobre todo de inconsistencias reflexivas. Una rotura de cadera lo precipitó en el abandono absoluto de la memoria que se extinguió en 1994 con la vida.

Recuerdo una anécdota de 1993: los nuevos poderes municipales en Valencia intentaron una operación propagandística con su fragilidad y su pérdida de sentidos. Me invitó a participar como conferenciante un miembro del actual Consejo de Cultura Valenciana, en un acto en el Palacio de Congresos de Valencia, en donde Juan se iba a ver flanqueado por la alcaldesa de la ciudad y posiblemente por sus cómplices regionalistas. Le dije telefónicamente que conocía a Juan Gil-Albert, que había seguido intensamente más de diez años de su vida, que era evidente su trayectoria cuando la república, el exilio y los años próximos, que siempre había destacado por su coherencia, y que, puesto que él no podía oponerse a esa utilización, yo, en ese acto, no podía estar porque...(omito la dureza de los términos utilizados).

Uno

Me pregunté en 1991, en la introducción del libro que le había dedicado al escritor: "¿Cuál es la fortuna literaria actual de Gil-Albert?"y, tras reseñar los múltiples acontecimientos valencianos de la misma, decía: "sin embargo, podría señalar una cierta resistencia "regional" a la extensión de su obra; incluso una cierta contingencia en su aceptación todavía. Una resistencia que hace que el escritor, que volvió del exilio en 1947, que se afincó discretamente en una Valencia amable en la que pudo continuar su escritura intensamente, y que a partir del año 1974 –*Crónica general*, *La metafísica*, *Los días están contados*,*Valentín*, y la reedición de *Contra el cine* y *Las ilusiones con los poemas del convaleciente*– tuvo una importante presencia editorial en el ámbito de España; un escritor, por tanto, sobrado de reconocimientos y, sin embargo, carente de una atención sistemática hacia su obra, objetivo de aproximaciones circunstanciales en periódicos, con algunas consistentes reflexiones en revistas y con pocos trabajos (monografías y ediciones) que apuntaran hacia visiones de conjunto en las que se utilizasen métodos críticos y no breves intuiciones... ". Y en esa dirección citaba los únicos trabajos de conjunto y a sus autores a los que luego me referiré.

Dos

Creo que Juan Gil-Albert tuvo siempre una decisión biográfica que lo llevó a ser coherente consigo mismo en todas las facetas de su vida y su escritura. Asumió su vida como un conjunto de decisiones que como mínimo le fueron muy incómodas. Descubrí esta faceta en México en 1995 y obviamente ya no pude cotejarla con Juan. La escribí después y la sintetizo de nuevo ahora: hay una serie de testimonios que nos hablan del aislamiento de Gil-Albert en el círculo de exiliados en México. Antonio Sánchez-Barbudo dejó un testimonio de aquella tendencia al aislamiento:

> Él parecía más desterrado y desasistido que todos los demás. Y era sin duda el que menos dinero ganaba. No hacia nada, salvo ser paseante en cortes, que fue siempre su vocación, y escribir poemas. Yo lo veía poco, pues andaba en general muy atareado. Él solía vivir con Gaya, y a veces nos encontrábamos los tres para ir a cenar fuera o para charlas en un café. Se reunía a menudo con gente rara, con los que ocasionalmente los veía: jóvenes artistas mexicanos, ingeniosos y divertidos; o unos retraídos mancebos de piel oscura, acólitos tímidos a la par que admirativos, los cuales poseían -según ellos- dotes escondidas y cualidades espirituales que yo, lego en tales órdenes, no acababa de discernir (Sánchez Barbudo 1978, 103).

Sánchez-Barbudo escribió esto en 1976 para la revista *Calle del Aire,* dedicada "a Juan Gil-Albert" que se publicó en 1977 y fue desde luego la primera llamada rigurosa de atención sobre el escritor. Sin embargo, no parecen los párrafos de Sánchez-Barbudo, al menos éstos, los que se dedican en un homenaje. Me sumergí en 1995 en los textos que dejaban constancia de la actividad de Juan en México, muchos de ellos no recuperados, y pude afirmar que el escritor no había recorrido de manera general los caminos de los exiliados, las revistas y la actividad de los mismos. Iba por libre y testimoniaba esto con opiniones que estaban en el límite, diríamos ahora, de lo políticamente correcto. En 1947, el año en el que va a regresar, acrecienta el tono de libertad de sus opiniones en el periódico *El Nacional.* Hay un episodio significativo y son las notas que dedicó al muralista mexicano José Clemente Orozco -notas que recupera en *Breviarium vitae*- que contradecían la orientación oficial de valoración continua del pintor. A Gil-Albert, sin embargo, no le gusta la pintura de Orozco y nos lo dice, afirmando que duda incluso que sea pintura (Gil-Albert 1985, 26-27). Si nos planteamos el tono de mitificación crítica que Orozco, Rivera o Siqueiros tuvieron en esos años, valoraremos la libertad que se desprende de la nota del escritor. Pero hay otro episodio más significativo que nos conduce a caminos que Gil-Albert decidió cerrar en México.

Lo más relevante de los artículos que comento es que, al final del segundo, Gil-Albert aprovechó para despedirse de México. De hecho la despedida estaba ya anunciada, quizá en el sentido de unas frases que recogió en

el Suplemento dominical del periódico el 27 de Julio de 1947 Rafael Heliodoro Valle, dando cuenta de una reunión en Morelia en la que participa el escritor junto a universitarios de México, Estados Unidos y Cuba. La crónica transcribe las siguientes palabras de Gil-Albert: "En esta reunión de profesores debe oírse también la voz de la poesía cuya representación ambiciosa me arrogo [...] Creo que la cooperación internacional entre artistas, poetas, intelectuales, hombres de pensamiento, debe tener como finalidad no sólo el intercambio de ideas y sentimientos que nos influyen y enriquecen mutuamente -tendencia que se abre en Europa en los días del Renacimiento- sino que, como reacción fecunda, debe también poseer la virtud de fortalecernos en nuestras características propias o sea, haciéndonos conservar con más ahínco, luego de haberla hecho respirar el aire de otras latitudes, la chispa de genio que, por inspiración, cultura o raza, nos ha sido dada a cada poeta, y haciendo que el hombre cumpla entonces la unidad de su destino dentro de la variedad encantadora que la misma naturaleza nos ofrece".

Pues bien, el que había respirado ya el aire de otras latitudes, concluyó sus artículos en *El Nacional* con "Un consejo" que dice así:

> No huyáis del lugar donde acaban de abriros una brecha mortífera; sucumbid en él o esperad, pegados a su suelo, como una estatua inanimada, el renacer de la primavera; el triunfo del que huye no es nunca de oro de ley, y el supuesto victorioso volverá una y otra vez a caer en la trampa de su cobarde destino.

La recepción del consejo por la revista *Las Españas*[1], en su número de Septiembre, provoca un suelto anónimo con una violenta valoración. Dice así:

> Juan Gil-Albert, excolaborador de nuestra revista, ha marchado a la España de Franco. Del artículo con que, sin decirlo, se despidió de México, reproducimos el párrafo final que encaja perfectamente con su determinación: "UN CONSEJO.- No huyáis del lugar donde acaban de abriros una brecha mortífera; sucumbid en él o esperad, pegados a su suelo, como una estatua inanimada, el renacer de la primavera; el triunfo del que huye no es nunca de oro de ley, y el supuesto victorioso volverá una y otra vez a caer en la trampa de su cobarde destino".
>
> A veces, como en este caso, el poeta subsiste en su parte formal. Pero el hombre, hombre de un pueblo y de una causa, muere en vida. De la peor manera posible.

La nota de *Las Españas*, incalificable por su tono y significado, decretaba

---

[1] El ataque que narro es más llamativo al dirigirse a quien había colaborado desde los primeros números en aquella revista que se comenzó a editar en 1946 de la mano de Manuel Andujar, José Ramón Arana y José Puche. Gil-Albert aparece ya en el número 2 (noviembre de 1946) y publica varios escritos que describí en un trabajo donde daba cuenta de algunos textos mexicanos no recuperados posteriormente (Rovira 2001). Para el clima del ataque es importante entender el desánimo de algunos intelectuales en el exilio a partir de 1943, reconstruido por Valender 1995, y Sheridan 1995.

la muerte civil de Juan Gil-Albert en 1947. Ocho años antes, en 1939, la muerte civil del escritor había sido promulgada, junto a la de tantos compatriotas suyos, por los vencedores de la guerra. Ahora era una revista que quería ser portavoz del exilio la que nos decía que, a lo mejor el poeta sobrevivía en su parte formal, pero que, por su decisión de regresar, estaba muriendo el hombre de la peor manera posible. Entre los tópicos críticos se utiliza a veces que los escritores del exilio estuvieron entre dos tierras. El problema de Juan Gil-Albert seguramente es que estuvo, desde 1947, y seguramente antes, desde 1939, no entre dos tierras, sino en tierra de nadie. Y eso explica silencios cómplices posteriores de escritores y críticos frente a aquel regresado que en México, como he señalado antes, optó por penetrar en las revistas mexicanas y en el ámbito de la cultura que se estaba haciendo allí, más que en los círculos atenazados por una supervivencia basada en su propia identidad de exiliados. La decisión fue bastante heroica, puesto que generaba todas las incomprensiones y rechazos posibles, desde el principio. Y estéticamente, creo, fue sumamente rentable. Sólo queda recordar que en las decisiones de Gil-Albert, desde 1939 a 1947, hay sobre todo un camino hacia lo no habitual, hacia un comportamiento diferente al que tuvieron en México sus contemporáneos, hacia un camino imprevisto y sorprendente que es, en última instancia, el que explica la originalidad de su escritura. Y no es necesario que explique que, a pesar del ataque de la revista *Las Españas,* el regreso de Gil-Albert tuvo una coherencia rotunda, precisamente por su decisión de ocupar, tras el exilio americano, un lugar trabajoso, peligroso y durísimo de exilio interior.

Tres

En 1947, el regreso se llena de acontecimientos imprevistos. La muerte de su cuñado, narrada minuciosamente en *La trama inextricable* (Gil-Albert 1975, 131 ss.) hace que asuma el cuidado de sus cinco hijos y en 1950, tras la muerte de su padre, asume responsabilidades en la empresa de la familia, hasta una quiebra estrepitosa en 1954.

Son años en cualquier caso de escritura y de repliegue interior. En 1983 Gil-Albert me recordaba así el regreso:

> Venir y encontrar un mundo cerrado para mí. No es que no quedaran gentes que me conocían y que yo conocía: algunos amigos como Pedro de Valencia, algunos pintores, algún compañero de la Universidad, otros de guerra civil, aunque de éstos la mayoría ya habían desaparecido. A pesar de lo cual yo me encontré en un mundo, en cuanto a relaciones, muy disminuido. Y esto se convirtió en una cosa interesante para mí y muy útil. Viví sin que nadie me molestara y, además, como coincidió con lo que podríamos llamar, si no la iniciación de mi vida de escritor, porque no quiero desdeñar todo lo que yo había escrito antes –sería injusto con mi propia obra–, pero, por la edad que yo tenía, por mi formación, por la experiencia

de lo que había pasado en esta etapa, comenzaba lo verdaderamente importante y característico de mi obra[2].

Consideré hace años que el centro de este repliegue fue la construcción de un espacio literario, la casa-mundo, un resumen del universo construido entre paredes, soledad, libros, recuerdos y escritura continua que desgrana desde el principio en un conjunto de títulos: *Poemas. El existir medita su corriente* aparecido en 1949 en la Librería Clan de Madrid; *Concertar es amor* en Adonais en 1951; *Poesía (Carmina manu tremente ducere)* en 1961 son las primeras obras poéticas del regreso que se publican en ediciones que pasan inadvertidas. Escribe además prosas de las que en el período sólo se publicarán escasas y en ediciones pagadas por el propio autor (*Contra el cine* en 1955 y *Concierto en "mi" menor en 1964)* aunque es en estos años en donde se gestarán los grandes libros memoriales posteriores.

En este tiempo comienza el encuentro con una serie de escritores valencianos que tendrán mucho que ver con su reconocimiento: Pedro de La Peña cuenta que lo conoció en 1969, aunque sabía de él desde 1965:

> Se decía de él que era un especialista en Proust [...], que por su educación afrancesada le gustaban, sobre todo, los clásicos de aquel país [...] y que tenía una casa con mesas, espejos, vitrinas y porcelanas de refinado gusto en donde escribía, interminablemente, un libro de "Memorias" (Peña 1981, 80-81).

Es indudable que fue Francisco Brines el principal introductor de Gil-Albert en sociedad: entre 1969 y 1971 lleva a visitar al poeta a Jaime Siles y Guillermo Carnero. Según relató Gil-Albert a Luis Antonio de Villena en 1984:

> Ellos me habían conocido a través de Paco Brines. Recuerdo que un día Paco citó aquí, en mi casa, en esta misma habitación, a Guillermo Carnero y a Jaime Siles. Jaime aún no había publicado nada, y acababa de salir ese libro de Carnero *Dibujo de la muerte*. Entonces yo les leí un poema de *Las ilusiones*, ese que termina citando San Petersburgo titulado 'El lujo'. Noté que les gustaba, y cuando yo terminé de leer, Carnero le dijo a Paco: ¡Entonces todo esto estaba ya hecho!" (Villena 1984, 57).

Carnero, sin poder fijar el año, recuerda la anécdota y la "viva impresión que entonces me produjo el oírle leer algunos poemas de *Las ilusiones*" (Carnero 1993, 12).

Contertulio permanente será en este tiempo César Simón, primo del escritor, quien algunos años después escribiría la Tesis doctoral sobre su obra. Son años de encuentros entonces con la atención de un grupo joven que mira con interés a

---

[2] Como las anotaciones que acompañaron mi edición de *Fuentes de la constancia*, estos textos son producto de la trascripción de conversaciones mantenidas en las fechas indicadas.

Gil-Albert. El papel de Brines, introductor del poeta en un ambiente que supera la soledad de los años anteriores, va más allá como sabemos. Pone en contacto a Gil-Albert con la editorial Ocnos y con el director de su colección de poesía, Joaquín Marco, quien editará en 1972 una antología poética de Juan con el título de *Fuentes de la constancia*, libro que significará un primer reconocimiento del escritor.

Cuatro

Tengo algún problema pendiente precisamente con *Fuentes de la constancia*: en 1984, como ya he dicho, edité para Ediciones Cátedra la misma antología con la que Juan Gil-Albert volvió a presentarse en 1972. En su prólogo me lancé a desarrollar una teoría de la autorrepresentación de Juan a través de los poemas seleccionados. Joaquín Marco me contó hace algún tiempo que lo que Juan depósito en Ocnos era una abrumadora colección de textos ya publicados y un conjunto amplio de inéditos ordenados como libros. La selección última, la reducción, el orden de la parte inédita, tuvo mucho que ver con la voluntad de la editorial y del director de la colección.

Lo que nos importa ahora en cualquier caso es el efecto de *Fuentes de la constancia*, libro que aparecía en una colección mítica de entre las de poesía en España. En compañía de libros de Jorge Guillén, Pedro Salinas, Rafael Alberti y Federico García-Lorca y junto a otros autores que se llamaban Pere Ginferrer, Leopoldo Mª Panero, Fernando Quiñones, Carlos Edmundo de Ory, Francisco Brines y Guillermo Carnero, aparecía la antología de un escritor que contaba 68 años.

En el mismo año la antología provoca artículos de José Esteban (en *Triunfo*), Rafael Ferreres (en el diario *Levante*) y Antonio Tovar (en *Gaceta ilustrada)*. Al año siguiente Jaime Siles (en *Trece de nieve*), Emilio Miró (en *Ínsula)* y José María Carandell (en *Fotogramas)*. En 1974, Marcos Ricardo Barnatán publica en *Informaciones* de Madrid un artículo titulado "Un inquietante descubrimiento" en el que, tras analizar la antología, comenta tres obras recién aparecidas como *La Metafísica* (en Ocnos), *Valentín* (en La Gaya Ciencia) y *Los días están contados* (en Tusquets) y señala a Gil-Albert como un "poeta-isla". En 1974, ha aparecido *Crónica general* (en Barral) lo que provoca al año siguiente una conocida valoración de Leopoldo Azancot en *La Estafeta literaria*: "en la historia de la literatura española, 1974 será ya para siempre el año de Gil-Albert". En 1974, Jaime Millás entrevista en *Triunfo* a Gil-Albert y utiliza para presentarlo de nuevo la noción de "poeta-isla".

Por último y en esta línea de recuperación, en 1977 aparece en Sevilla la revista *Calle del Aire*, siendo su número primero un monográfico dedicado "a Juan Gil-Albert": en la nómina de autores, entre otros, Manuel Andújar, José María

Carandell, Rosa Chacel, Jaime Gil de Biedma, Carmen Martín Gaite, Robert Saladrigas, Leopoldo Azancot, Antonio Sánchez Barbudo, José Santamaría, Francisco Brines, José Olivio Jiménez, Abelardo Linares y Salvador Moreno, junto a varios que le dedican poemas como José Luis Cano, Gerardo Diego, Abelardo Linares, Octavio Paz y Luis Antonio de Villena.

Estaríamos ya en la efectiva recuperación del escritor, tras años de olvido y silencio. La crónica de la recuperación pública y social la inicié antes señalando su presencia en todos los acontecimientos sociales y políticos valencianos a partir de 1980 aproximadamente.

Cinco

He citado algunos nombres como el de Francisco Brines, Jaime Siles y Guillermo Carnero que entran dentro de la definición de las nuevas poéticas que se estaban desarrollando en el año del redescubrimiento de Juan Gil-Albert; Brines en la llamada Generación o grupo de los 50; Siles y Carnero en la oleada de los 70 que identificamos como "novísimos".

El problema es que estamos hablando de un encuentro con un escritor casi olvidado que tenía en 1970 nada menos que 66 años y que les leía poemas de un libro publicado en Buenos Aires en 1945 titulado *Las ilusiones*. El casi desconocido, ellos lo sabían, tenía una larga historia que los tiempos previos a la guerra civil o en los de la guerra, con el trabajo en la mítica *Hora de España*. Ahora les restituía un libro publicado 25 años antes y que desde luego, como afirmó Carnero, no podía haber influido en ellos porque lo desconocían. Y allí había una inmersión rigurosa y nueva en el culturalismo que impregnaba las nuevas estéticas. No sé si la frase que Juan atribuye a Guillermo Carnero, a oír el final de "El lujo", la de "¡Entonces todo estaba hecho!" es verdad o no, ya que no me consta un lenguaje tan espontáneo y coloquial ni en el Guillermo Carnero joven, pero sí parece que el tono de reconocimiento se debió producir y se plasmó inmediatamente en posicionamientos escritos y verbales. Resulta que *Las ilusiones* sí es un libro que puede plantearse como tránsito entre las estéticas afines de la preguerra –Ángel Luis Prieto de Paula ha recordado con acierto la relación con las *Invocaciones* que Luis Cernuda escribiera en 1934-35 (Prieto 2004, 14)– y el libro de Juan en 1945 y las nuevas estéticas de los años 70. Un libro que soslaya la tradición del garcilasismo, en el que Juan también se había ejercitado con *Misteriosa presencia*, y desde luego la tradición del realismo social que había estado imperante en algunos autores de la posguerra (Celaya, Otero, etc).

Lo cierto es que tardíamente Gil-Albert va a adquirir ese lugar de reconocimiento que comento, y ese sería su papel difícil a partir del año 1972, el de *Fuentes de la constancia.* El que Gil-Albert se hubiese afincado en una estética que variaba aconteceres contemporáneos de la poesía española y coincidía con

las nuevas propuestas tiene que ver seguramente también con lo que determiné como episodio mexicano, su puesta al lado de opciones que no eran las que estaba generando habitualmente el exilio, ni las corrientes previas que había abandonado tras el conflicto y su contribución a la poesía del mismo. Para resumir mucho una idea que recorrí hace años en un trabajo previo sobre el exilio de Gil-Albert: en México, se situó más cerca de Octavio Paz que de León Felipe, más cerca de la Revista *Taller* que de *Romance* o *Las Españas*. Y estas proximidades nos explicarían también muchas cosas que ahora no puedo recorrer. Para el lugar de Gil-Albert queda por tanto el papel de reconocimiento que a partir de 1972 lectores y escritores hacen de su obra en la tradición culturalista. Insistí siempre en el tipo de culturalismo de Gil-Albert: la casa-mundo del escritor fue una demostración fehaciente de que Juan supo unir medularmente vida y literatura, entendiendo por tanto sus referencias culturales como vividas, asumidas, no externas, sino internizadas en una actitud que podemos recordar a través del poema "El lujo" de *Las ilusiones*.

Seis

Previo a este episodio hay una intervención no suficientemente valorada, creo, que sitúa a Gil-Albert en otro papel contemporáneo. En 1968 y en edición del propio autor apareció en Valencia *La trama inextricable*. Las breves palabras del prologuista, Jorge Guillén, adquieren hoy una serie de valores que considero importantes. Don Jorge comenzó dándole a Juan una sugerencia que poco después convirtió en título. Decía así:

> Tan rico de sustancia como de forma, este volumen viene a ser un "breviarium vitae". Poesías, memorias, ensayos, anotaciones, componen un libro que, a tan diversos niveles, expresa una visión unitaria. El horizonte es, sin cesar, amplísimo: la vida con su inmediato encanto y su drama entre paisaje y cultura (Guillén 1982, 147),

decía don Jorge y recordemos que en 1979 apareció en Alcoy *Breviarium vitae*, esa recopilación en dos volúmenes escrita a lo largo de muchos años de "memorias, ensayos, anotaciones" que consideré realmente importante en los días en que se publicaba. Pero don Jorge, en su recorrido, fijaba otras constantes: sus tránsitos culturales "de Franz Lehar a Gandhi, de Catullo a Einstein", entre lo delicioso y lo grave, y un estilo que evitaba "la pantalla artificiosa", para concluir con "Juan Gil-Albert, poeta de rara calidad". En aquella edición acompañaron a *La trama inextricable* los poemas de *Los homenajes* que confluirían en 1976 en *Homenajes e impromptus*.

Una anécdota de 1975, a finales de noviembre: una tarde en Florencia con don Jorge Guillén, doña Irene, su esposa, Gaetano Chiappini y Concha Collado. He contado esa tarde en la que don Jorge habló de muchas cosas y, entre ellas, cuando hablamos de Alicante, de Gil-Albert que, en 1975, seguía siendo ese poeta

"de rara calidad" sobre el que había escrito. Creo que fue la primera vez que oí el nombre del escritor.

Siete

Los años de reconocimiento se juntaron muy pronto con años de utilización del escritor. Un día a lo mejor cuento (no me apetece hacerlo ahora) por qué el Instituto Gil-Albert se llamó así en 1984. Un día explicaré mi sorpresa en 1985 cuando en la nueva edición de la *Crónica general* apareció una banda en la que decía que el libro era "Premio Pablo Iglesias" de ese año. Y lo digo con sumo respeto a Pablo Iglesias y a la *Crónica general*, pero no a los publicistas que mezclaban churras con merinas.

En fin, recuerdo la carta de un académico amigo que me decía comentando la edición de *Fuentes de la constancia*, "ojalá quede tu Gil-Albert".

Resultado de homenajes, encuentros, movidas: Juan fue desde 1980 aproximadamente un escritor reconocido y utilizado imparable e inapropiadamente. Recuerdo una vez a Joan Fuster comentando jocosamente que la muerte de Manuel Sanchis Guarner en 1981 les había supuesto una mala jugada a los dos: algunos políticos habían decidido sentarse siempre con Juan a la derecha y Joan a la izquierda, o viceversa.

Y sin embargo, a pesar de todo esto, reafirmo la necesidad de volver al escritor como lo que fue, y lo que yo considero que fue quiero repasarlo con una apreciaciones finales que les planteo también como líneas de indagación futuras.

Insisto de nuevo en que la obra del escritor carece todavía de una visión de conjunto que recorra la totalidad amplia de su producción[3]. Para obtenerla, habrá que seguir recorriendo algunas propuestas que la crítica ha ido desarrollando y, sobre todo, abrir nuevas perspectivas de lectura que se darán en muchos aspectos. En la actualidad, me parece que estos aspectos parciales pueden abrir un enfoque nuevo ante una crítica que se ha detenido con frecuencia en los mismos principios, reiterándolos a veces de manera sistemática.

La interpretación biográfica, en relación a la obra, no parece que pueda dar mucho más de sí: algunos aspectos de ésta han sido fuertemente redundantes, como es el caso de la insistencia en la homosexualidad del autor como clave de lectura de textos (*Heracles, Valentín, Los arcángeles, Tobeyo...*) donde lo que me parece más importante es el amplio marco de referencia cultural que se construye en ellos y la reflexión que enlaza el terreno de la cultura a la biografía, en éste y otros muchos aspectos.

La base de nuevas lecturas procederá probablemente de un nuevo análisis

---

[3] Sin duda, lo más próximo a esa visión de conjunto sea la monografía de Mari Paz Moreno dedicada al culturalismo en su poesía (Moreno 2000).

de su amplia producción prosística, su construcción de "memorialista", que ha recorrido con una óptica determinada momentos y culturas del pasado siglo. Guillermo Carnero dedicó un artículo a *Tobeyo* en el que decía que esta obra:

> Es al mismo tiempo autobiografía y ensayo, o dicho de otro modo, ensayo motivado por la necesidad de trascender y explicar lo biográfico, lo cual es una de las características más definitorias de la obra en prosa del autor. Esta obra se tiñe así de un persistente egocentrismo que le concede su mayor encanto y su tonalidad anacrónica, en el mejor sentido de la palabra. En nuestra época el prurito científico casi ha arrumbado el ensayo; a contracorriente, la prosa de Gil-Albert asume la herencia de una larga tradición humanística en la que se difuminan las fronteras entre los géneros y se propone un ejercicio de conocimiento en el que reside el último refugio de la ética. (Carnero 1990)

Pues bien, la obra de Gil-Albert puede ser considerada en la perspectiva del ensayo humanístico en nuestro siglo. Se trata de valorar entonces un tipo de producción, al que Alfonso Reyes llamó el "centauro de los géneros", que tiene en Gil-Albert un representante duradero. Las referencias imprescindibles a Unamuno y a Ortega y Gasset, que son constantes de la reflexión de nuestro escritor en sus años de formación, puede ser una línea de entrada. La construcción biográfica que determina el pensamiento del escritor será a partir de aquí otra perspectiva relevante.

No sería ocioso plantear ésta en relación global a la tradición europea del ensayo, desde Michel de Montaigne en 1589, y su falta de incidencia en la producción española, al menos en relación a la frecuencia francesa, inglesa, o, a partir del siglo XIX, hispanoamericana. Y plantear en esta tradición justo el espacio en el que el escritor, que no es un científico, ni un filósofo, ni un historiador, ni un filólogo, abre los límites del discurso sobre cualquier argumento a la anécdota, la biografía o la vivencia personal. Recordemos la anécdota de Gil-Albert, manifestándose, ante la suposición de alguien de que era un "afrancesado" con un cortante: "no, soy un española que razona", para sedimentar a partir de aquí las fuentes culturales en las que se nutre.

Son precisamente las fuentes culturales, su imaginario cultural, una tema relevante para la definición de su valor. La referencia cultural es utilizada, en su obra ensayística y en su poesía, con una abundancia inusual. ¿Cómo las utiliza? ¿Cómo las lleva a la propia biografía? ¿Hay fuentes no declaradas en sus textos? La intimización de las referencias –utilicé siempre para explicar esto la figura de Anacreonte en su obra como contraseña doblemente biográfica y cultural– puede abrirnos perspectivas siempre nuevas para el recorrido del amplio ámbito cultural y referencial (músicos, filósofos, escritores, políticos, artistas) que van redimensionando en su obra un apunte biográfico o una sensación poética.

Esta cuestión nos lleva a demás a situar a Gil-Albert ante las dificultades que su obra tiene para un lector desprevenido y a emplazar su lectura de nuevo en el contexto de las poéticas del culturalismo de los años 70.

Algunas influencias son destacables para determinar el valor de su obra: ya cité a Cernuda, pero otras lecturas de Gil-Albert se hicieron núcleos persistente en su escritura. André Gide por ejemplo pero, globalmente, sus contemporáneos españoles e hispanoamericanos forman un entramado de referencias que hay que ampliar además al pensamiento filosófico.

Destaqué hace años también la indagación necesaria de su actividad como traductor. En 1940, publicó Juan en México una traducción del *Hyperion* de Hölderlin. Durante unos años Juan hizo otras traducciones que responden a espacios de formación de su trama cultural: por ejemplo, tradujo del francés la voluminosa obra de Maurice Serullaz, *Evolución de la pintura española. Desde los orígenes hasta hoy* (Valencia, Fomento de Cultura ediciones, sin año aunque la edición francesa es de 1947). Hay otras traducciones que Juan afirmó una vez y que no he conseguido encontrar.

El emplazamiento de Gil-Albert entre dos llamadas generaciones, la del 27 y la del 36, es otra tema debatido por la crítica que ha tenido una brillante intervención reciente de Prieto de Paula en el prólogo a la edición de la poesía completa. Me remito a ella para sintetizar lo que pone cerca de Gil-Albert del 27 –su cronología personal– y sin embargo lo aleja –"su tardía incorporación a la poesía, ya que *Misteriosa presencia* es de 1936 y precisamente en 1927, Juan publicaba las primeras prosas decadentistas y tardomodernistas de *La fascinación de lo irreal*–, aparte claro de la no coincidencia de su poesía con los rasgos poéticos canónicos que definen a los del 27. La propuesta de clasificación en la llamada generación del 36 tienen que partir del carácter de "entidad borrosa y sin demasiados rasgos grupales" (Prieto 2004, 20-21) que este grupo literario tiene.

Creo que los inicios literarios de Juan Gil-Albert nos lo desplazan cronológicamente a estar de nuevo casi en tierra de nadie y con rasgos que permiten jugar entre una y otra generación, pero nos permiten concluir afirmando que, quizá, la rara calidad y originalidad de la que nos habló Jorge Guillén tiene que ver con los espacios inclasificables que nos deparó su obra. A caballo entre principios estéticos que alguien identificó en las generaciones literarias aludidas, a caballo entre patrias y exilios, defendiendo una soledad creadora que le fue muy estimulante, Juan Gil-Albert sigue siendo en este centenario un creador de profunda originalidad en el que se cruzan épocas, géneros, memoria, biografía, cultura como exponentes de una escritura que debemos seguir leyendo y sobre la que debemos seguir reflexionando.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

CARNERO, Guillermo. "Juan Gil-Albert: autobiografía y meditación". *Ínsula* 527 (1990).

—— "Estudio preliminar" a Juan GIL-ALBERT. *Antología poética*, Valencia, Consell Valencià de Cultura, 1993.

GIL-ALBERT, Juan. *La trama inextricable.* En *Memorabilia*, Barcelona, Tusquets, 1975.

—— *Fuentes de la constancia*, ed. José Carlos ROVIRA, Madrid, Cátedra, 1984.

—— *Breviarium vitae. Obra completa en prosa*, vols. 9-10, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 1985.

—— *Poesía completa,* ed. de María Paz MORENO, Valencia, Pretextos / Instituto Juan Gil-Albert, 2004.

GUILLÉN, Jorge. "Nota introductoria" a *Obra completa en prosa. La trama inextricable,* vol. 2, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo.

MORENO, María Paz. *El culturalismo en la poesía de Juan Gil-Albert*, Alicante, Instituto Juan Gil-Albert, 2000.

PEÑA, Pedro J. de la. *Juan Gil-Albert*, Madrid, Júcar, 1981.

PRIETO, Ángel Luis. "El lugar de Juan Gil-Albert en la poesía española", introducción a Juan GIL-ALBERT. *Poesía completa,* ed. de María Paz MORENO cit.

ROVIRA, José Carlos. "Gil-Albert, mientras atardece", *Información*, 21 de julio 1983. Especial Arte y Letras, 1-2.

—— *Juan Gil-Albert* , Alicante, Caja de Ahorros Provincial, 1991.

—— "El exilio mexicano de Gil-Albert". *La Spagna degli anni 30 di fronte all'Europa*, a cura di Francesco Saverio e Rosa Maria Grillo, Salerno, Università / Antonio Pellicani Editore, 2001.

SÁNCHEZ BARBUDO, Antonio. "Leyendo y recordando a Gil-Albert". *Calle del Aire* 1 (1977), 89-116.

SHERIDAN, Guillermo. "Hora de taller: taller de España" en VALENDER, CORRAL, SOUTO (eds.). *Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México*, México, El Colegio de México, 1995.

VILLENA, Luis Antonio de. *El razonamiento inagotable de Juan Gil-Albert*, Madrid, Anjana, 1984.

VV.AA. *Calle del Aire a Juan Gil-Albert* 1 (1977).

—— "A Juan Gil-Albert". *L'arrel* 2 (1981). Elche. UNED.

VALENDER, James. "Litoral en México" en VALENDER, CORRAL, SOUTO (eds.). *Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México*, México, El Colegio de México, 1995.